

HOMILIA XXXIII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2015

CICLO “B”

EL SEÑOR VOLVERÁ GLORIOSO

I.- LAS LECTURAS

*** Profeta Daniel 12, 1-3.** Por aquel tiempo se salvará tu pueblo. Su retorno salvará a todos los inscritos en el libro. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento y los que enseñaron a muchos la justicia brillarán como las estrellas, por toda la eternidad. Un horizonte de esperanza eterna se abre ante nosotros que caminamos por este mundo a la Casa del Padre.

*** Salmo Responsorial 15.** “Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti”. En medio de nuestros sufrimientos y penas, elevemos nuestro corazón a Jesucristo y pidámosle que nos ayude y nos proteja para que nunca nos apartemos de Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

*** Carta a los Hebreos 10, 11-14. 18.** Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Demos gracias a Jesucristo que nos amó hasta el extremo de dar su vida por todos y por cada uno de nosotros. No nos mostremos indiferentes ante el Señor, ni le demos la espalda, ya que solo en Jesucristo tenemos la salvación.

*** Evangelio según San Marcos 13, 24-32.** El final del mundo sucederá cuando el Señor vuelva para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos. La muerte no es el final del camino para nadie. La muerte abre ante todos una puerta que desemboca en la eternidad. Preparemos el encuentro con Jesucristo con una vida santa. Pidamos al Señor que nos acoja en su Reino por toda la eternidad.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Contemplemos a Jesucristo

Os invito a mirar a Jesucristo con ojos de fe y de amor para contemplar su misterio que se nos manifiesta en las lecturas de este domingo.

Jesucristo es el Sumo y eterno sacerdote. Nunca terminaremos de adentrarnos en el misterio del sacerdocio de Jesucristo que ha traído al mundo la salvación y la liberación, el perdón de los pecados y la vida eterna, ofreciendo su vida en el árbol de la cruz por la humanidad entera..

Este misterio de Jesucristo Sumo Sacerdote se agranda cuando leemos estas palabras del autor de la Carta a los hebreos que nos dejan sobrecogidos: “tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo” (Heb.2,17).

Y para una mayor claridad teológica, nos dice esta Carta: “No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Heb.4,15).

Cristo ofreció por los pecados de todos los hombres, para siempre jamás, un solo sacrificio. Jesucristo no necesitaba ofrecer a Dios por nosotros un sacrificio cada día como hacían los sacerdotes en el Antiguo Testamento, ya que su virtud era infinita: “con una sola ofrenda ha perfeccionando para siempre a los que van siendo consagrados”.

Cristo resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre para siempre e intercede por nosotros. No se ha olvidado de nosotros.

Por eso, podemos acercarnos a Jesucristo con confianza y esperanza pues Él es el trono de la misericordia divina, él es el rostro visible de la misericordia del Padre. Recordemos las inmensas palabras del autor de esta Carta: “acerquémonos confiadamente al trono de la gracia a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno” (Heb.4,16).

Realmente es una maravilla de la gracia de Dios.

2.- ¿Qué nos pide Jesucristo hoy?

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (Papa Francisco, “La alegría del evangelio”).

A.- Potenciar nuestra esperanza en la Vida eterna

La última palabra sobre el ser humano y sobre su historia no es la nada ni la destrucción total. Cuando soltamos nuestras manos de las de la persona que ha muerto, no las dejamos caer en el abismo de la nada, sino que las dejamos en las mejores manos: en las manos misericordiosas y compasivas de Dios. No olvidemos que “en la vida y en la muerte somos del Señor”. Digamos una y mil veces: Señor “aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque Tú vas conmigo” (Salmo 22). “Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero”. Los cristianos tenemos que seguir anunciando a todos nuestra esperanza.

La liturgia de la Iglesia reza así: “la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”.

El Concilio Vaticano II nos confía estas enseñanzas que han de llenar de paz y de esperanza nuestra alma:

* “El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor a la desaparición perpetua” (GS 18).

Ante este dolor, el Concilio nos enseña que “la semilla de eternidad que en sí lleva el hombre, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte” (GS 18).

* “La Iglesia, aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria humana. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida, cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en el estado de salvación perdido por el pecado (...) Ha sido Cristo, resucitado, el que ha ganado esa victoria para el hombre liberándolo de la muerte con su propia muerte” (GS 18).

* En efecto, “por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del evangelio nos envuelve en absoluta

oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22). No olvidemos que “Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron (...) Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así todos revivirán en Cristo” (ICort.15,20. 22).

No vivamos sumergidos en la duda, ni en la tristeza, ni en el pesimismo. La muerte ha sido vencida por Cristo y Él nos da parte en su triunfo y nos resucitará al final de los siglos.

“No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro” (Heb.13,14). Esa ciudad es la Casa de Dios donde esperamos que un día el Señor nos acoja para toda la eternidad. “Señor, nos has hecho para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti” (San Agustín).

La convicción de estar destinado a participar en la resurrección de Jesucristo debe ayudarnos a todos a comprender y a vivir las tribulaciones y los sufrimientos de nuestra vida sin desanimarnos ni perder nunca la paciencia (cf. IICort.4,16). Tengamos presente que la “confesión de esperanza”, que es al mismo tiempo una “confesión de fe” capacita al apóstol Pablo para aguantar con firmeza en medio de la debilidad corporal y de las tribulaciones (cf. IICort.5,6-10).

B.- Caminemos siempre en la presencia de Dios

“Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él” (Col.3,1-4).

Meditemos este texto de San Pablo sin prisas, con sosiego. Pablo pone ante nosotros el destino final del ser humano: la vida en Dios para siempre. Y nos invita y exhorta a llevar una vida de santidad.

Para llegar a la Casa del Padre hemos de adentrarnos en el camino que nos ha mostrado Jesucristo y caminar siempre por él siguiéndolo de cerca y con amor. “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Solo Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn.6).

En este caminar hemos de guardar y observar:

- * Los mandamientos de la Ley de Dios. Así lo dijo Jesús: “si quieres entrar en la Vida Eterna, guarda los mandamientos”.

- * Las Bienaventuranzas:

- “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mt.5,3).

- “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt.5,8).

Es verdad que hacer este camino no es fácil; pero no estamos solos: el Señor nos acompaña siempre y nos ayuda con su gracia. Recordemos esta oración de la liturgia:

“Y cuando hay que subir montaña,
Calvario lo llama él,
siento en su mano amiga que me ayuda
una llaga dolorosa”.

San Pablo confió siempre en Jesucristo y en su ayuda. El mismo nos comunica su experiencia: “todo lo puedo en Aquel que me conforta”.

A la luz de estos textos, os exhorto fraternalmente a que caminemos siempre por este mundo en la presencia de Dios con humildad y ante los demás en caridad y servicio.

No nos dejemos seducir por el dinero, el poder, la fama..., ni los convirtamos en ídolos pues ni salvan ni liberan sino que esclavizan. Que el pecado no reine en nadie. “Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20).

Recordemos siempre aquellas palabras de la Sagrada Escritura: “adorarás al Señor tu Dios y a Él solo darás culto”. “Que os améis unos a otros como yo os he amado”.

Caminemos por este mundo como Jesús que pasó “haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él”. (Hech. 10,38).

Humanizaremos nuestro mundo si sembramos en los surcos de la conciencia humana y de la historia la justicia, la paz, la solidaridad, la misericordia, el respeto a la vida...

- “Los sabios, con la sabiduría del Espíritu Santo, brillarán como el fulgor del firmamento

- “Los que enseñaron a muchos la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad”.

Pongamos nuestra esperanza y nuestra confianza en el Señor porque es misericordioso y nos ama.

No olvidemos nunca que la última palabra sobre el hombre y sobre la historia humana la pronuncia Dios. Y esta palabra es gracia y

salvación, misericordia y plenitud. Demos gracias al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

- ¿Somos sembradores del bien, de la paz, de la justicia...?
- ¿Acogemos a los refugiados, a los excluidos...?
- ¿Construimos la civilización del amor en nuestro mundo?
- ¿Damos gracias a Dios por Cristo en el Espíritu Santo por el amor que nos tiene?

III.- DE LA PALABRA A LA EUCARISTÍA

Una vez más acoquémonos al Catecismo de la Iglesia Católica para conocer mejor el misterio de la Eucaristía.

“El sacrificio eucarístico es también ofrecido por los fieles difuntos “que han muerto en Cristo y todavía no están plenamente purificados”, para que puedan entrar en la luz y la paz de Cristo” (CATIC n.1371).

“Cristo Jesús que murió, resucitó, que está sentado a la derecha de Dios e intercede por nosotros” (Rm.8,34), está presente de múltiples maneras en su Iglesia: en su Palabra, en la oración de su Iglesia, “allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre” (Mt.18,20), en los pobres, los enfermos, los presos, en los sacramentos de los que Él es autor, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero, “sobre todo está presente, bajo las especies eucarísticas” (CATIC 1373).

IV.- DE LA EUCARISTÍA A LA MISIÓN

EL SÍNODO DIOCESANO

No nos quedemos replegados ni aislados. El Señor nos dice hoy también: “Id y haced discípulos míos a todas las gentes...”. Hemos de salir a las calles, plazas, caminos, periferias...para anunciar a Jesucristo con nuestras palabras y con el testimonio de nuestras vidas, con nuevo ardor y con el fervor de los santos, en comunión eclesial y con nuevas expresiones y métodos (San Juan Pablo II).

Estamos celebrando el Sínodo diocesano en nuestra diócesis.

En este tiempo, estamos reflexionando a nivel personal y en los grupos sinodales sobre el primer tema del Sínodo que tiene este título tan interpelante para todos y tan urgente:

“El anuncio del Evangelio y la transmisión de la fe”.

Con la gracia divina y con la luz del Espíritu Santo oremos, reflexionemos, compartamos...en nuestros grupos.

Hablemos con sinceridad ofreciendo nuestras reflexiones

Escuchemos con humildad a los demás.

Lo que tú dejes de aportar se quedará sin ser ofrecido

El Espíritu Santo nos ha dado a cada uno un carisma para que lo pongamos al servicio de la comunidad cristiana, de la santificación de los demás, del bien de los demás...

Hemos de pasar de una **pastoral de mera conservación a una pastoral evangelizadora mediante la conversión pastoral**. Ya lo pedía nuestra Asamblea Sinodal (1987).

Participemos todos en los trabajos de nuestro Sínodo Diocesano

Que el Espíritu Santo nos ayude a todos a participar en los trabajos de nuestro Sínodo. Seamos miembros de los grupos sinodales, que reflexionarán y aportarán sugerencias de actuación pastoral en el ámbito parroquial, arciprestal y diocesano.

Nuestro Sr. Obispo nos llama y nos invita a participar en los trabajos sinodales como expresión de comunión eclesial al servicio de la misión.

Terminamos ya. Unidos en la plegaria ante el Señor.

Cáceres, 10 de noviembre de 2015

Florentino Muñoz Muñoz

ENSEÑANZAS DEL PAPA FRANCISCO

El Papa Francisco ha mostrado la alegría que siente y lo que le conmueve cuando sacerdotes que van a la misa de Santa Marta le dicen al saludarle: “he venido aquí para ver a los míos, porque desde hace 40 años soy misionero en el Amazonas”. O una monja que le dice: “trabajo desde hace 30 años en un hospital de África”. O cuando encuentra a una monjita que desde hace 30 o 40 años está en el hospital trabajando con discapacitados siempre sonriente.

“Esto se llama servir, esta es la alegría de la Iglesia: ir más allá, siempre; ir más allá a dar la vida. Esto es lo que ha hecho Pablo: servir”, ha explicado el Papa.

El Papa ha recordado también que en el Evangelio del Señor podemos ver la imagen de otro siervo “que en vez de servir a los otros se sirve de los otros”, indicando que “hemos leído qué ha hecho este siervo, con cuánta astucia se ha movido para permanecer en su puesto”.

El Pontífice ha advertido que “también en la Iglesia están estos, que en vez de servir, pensar en los otros, sentar las bases, se sirven de la Iglesia: los escaladores, los apegados al dinero”. Por eso se ha preguntado: “¿cuántos sacerdotes, obispos, hemos visto así? Es triste decirlo ¿no?” De este modo ha subrayado “la radicalidad del Evangelio, de la llamada de Jesucristo: servir, estar al servicio de, no pararse, ir siempre más allá, olvidándose de uno mismo. Y la comodidad del estatus: 'yo he llegado a un estatus y vivo cómodamente sin honestidad, como esos fariseos de los que habla Jesús que paseaban en las plazas, dejándose ver por los otros”.

(Homilía en la Misa en Santa Marta; Roma, 6 de noviembre de 2015)

**DELEGACIÓN Y SECRETARIADOS DIOCESANOS DE
MIGRACIONES DE LA PROVINCIA ECLESÍASTICA
MÉRIDA-BADAJÓZ**

3 de Noviembre de 2015.

**A TODOS LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS, Y
AGENTES DE PASTORAL DE MIGRACIONES.**

Diócesis de Mérida-Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia.

Queridos hermanos todos: PAZ.

Estas letras son para **INFORMARTE:**

- **El día, 17 de Enero** de 2016, Domingo, es la celebración de la **Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado**, bajo el lema, **“EMIGRANTES Y REFUGIADOS NOS INTERPELAN. LA RESPUESTA DEL EVANGELIO DE LA MISERICORDIA”**.
- Por segundo año consecutivo la celebraremos juntos toda la Provincia eclesiástica, en la Diócesis de Coria-Cáceres y en la ciudad de **CÁCERES**.
- **La Delegación** de Mérida-Badajoz y **los Secretariados Diocesanos** Coria-Cáceres y de Plasencia, ya elaboraron el Programa que en Diciembre te enviaremos.

INVITARTE

a que, desde el servicio que prestas en tu Diócesis, hagas llegar esta “buena noticia”, la apoyes y sensibilices a la comunidad y a los inmigrantes para que podamos realizar estas Jornadas, como Iglesia que camina en Extremadura que no tiene fronteras y que es Madre de todos los hermanos que están entre nosotros.

PEDIRTE

que estés en contacto permanente con tu Delegación o Secretariado para resolver todas las dudas y promover coordinadamente esta acción que con todo cariño estamos organizando.

Encomendamos toda la Jornada al Señor y a nuestra Madre, María, en el Año Santo Guadalupense, para que nos **“Muestre a su Hijo”**.

Con Cariño de amigos y hermanos.

Inma y Diego, delegados en Mérida-Badajoz. Ángel Chapinal y Felipe García, de los Secretariados Diocesanos de Coria-Cáceres y Plasencia.